

DE ACTUALIDAD

Toda novela verdaderamente original es autobiográfica. El autor-poeta más bien, ó sea creador, se pone—ó, mejor, se da—en todas y cada una de sus criaturas. Porque el poeta es un mundo. Shakespeare es Macbeth, y Hamlet, y Otelo, y Yago, y Romeo y Julieta, y Desdémona, y... ¡un mundo! Cervantes es Don Quijote, y es Sancho, y es el bachiller Sansón Carrasco, y es Persiles, y es Segismunda... ¡Otro mundo! Pero hay novelas de que se dice más especialmente que son autobiográficas. Tal, «La historia personal de David Copperfield», que escribió Carlos Dickens, el poeta... ¡Otro mundo también!

David Copperfield, es decir, Carlos Dickens, fué taquígrafo en el Parlamento de Inglaterra—no de él—, y en el capítulo XLIII de su poética autobiografía—se va creando, según se confiesa—nos cuenta el fruto de su experiencia parlamentaria; cómo se revolcaba allí en palabras y cómo se hizo un incrédulo del valor de la vida política. Y Dickens, sin embargo, con su obra poética, novelesca, hizo más labor política—estrictamente política—que los más de los oradores parlamentarios que se revolcaban en palabras y á quienes seguía con su lápiz estenográfico. En el capítulo XLVIII de esa misma poética autobiografía nos habla de los comienzos de su fama como novelista y de sus provechos y de cómo le permitió ello dejar de anotar la música de las gaitas parlamentarias, aunque siguiese oyendo su zumbido en los periódicos, siempre el mismo y sin variaciones.

En este capítulo nos dice—sigua diciéndonos—Dickens que un hombre que tiene buenas razones para creer en sí mismo, jamás se pavonea ante los otros, para que crean en él—y mientras escribía esto, estaba confesándose y mostrándose... lo que no es pavonearse—. «No es mi propósito, en esta relación—prosigue—, aunque en otras cosas esenciales es mi memoria escrita, proseguir la historia de mis propias ficciones. Ellas se expresan á sí mismas y á sí mismas las dejo.» Y poco después: «Teniendo algún fundamento para creer, por entonces, que la naturaleza y el accidente me habían hecho un autor, proseguí mi vocación, lleno de confianza.» Y más adelante: «Había estado escribiendo, en el periódico y en otras partes, con tanta prosperidad, que cuando me llegó mi nuevo éxito me consideré razonablemente autorizado para escapar de los terribles debates.» De los parlamentarios, quiere decir.

¡Pobre David Copperfield! Doady, como le llamaba su Dora, su oca—goose—, aquella pobre Dora, que con su perrito *Sip*—¡tan inmortal ya como ella!—se le fué de las manos y de la vista y del corazón, como un sueño de siesta de primavera. ¡Doady taquígrafiaba los terribles debates del Parlamento, para sostener aquel su primer hogar de hombre libre! Pero Copperfield no sabía acaso que hay otra tarea más terrible que la de taquígrafo, y es la de proyectar luz sobre los revolcones de palabras y sobre los silencios. ¡Comentar la actualidad política! Es decir, política?... ¡Bien, pase! Mejor hacer novelas. Que es hacer política, más alta política. ¿Eficacia política?... ¿Qué quieren decir con esta frasecita aprendida en viernes de cuaresma,

con ese lugar común—aún más huero que otros—, los gansos que lo traen á colación? Porque política no es electororía. ¿Y qué entienden por *eficacia*? Antójasenos que en su intención es una categoría de orden económico y que tiene que ver con el argumento del precio de la fanega de trigo—más bien *bushel*—de que David Copperfield nos habla en su poética autobiografía (caps. XXVI y XXXIII), argumento que reconcilia todas las anomalías y que le anonadaba á Copperfield en conexión con todo género de asuntos.

«¿De actualidad!» ¿De actualidad? ¿Pero es que una novela no es de actualidad? ¡Más que lo otro!... ¡De actualidad permanente, siempre, actual! Aunque también esos escritos volanderos, de comentario más ó menos apasionado á la vida política que pasa—y si no pasa tanto será merced á nosotros, los comentaristas... poéticos—pueden ser de actualidad permanente, siempre actual. Y acaso llegue día en que no se lea un discurso y si nuestro comentario, ó aquél, para entender y saborear mejor éste. Así, dicho con la modestia que nos caracteriza.

Estamos leyendo, alternando su lectura con la del «David Copperfield», los «Discursos y cartas de Oliverio Cronwell», que elucidó Tomás Carlyle, su profeta—y otras lecturas, entre ellas la de la Historia del reinado de Fernando VII de ex España, ¡un antihéroe de eterna actualidad y terrible!...—y vamos viendo que, aunque allí se habla poco de Juan Milton, la eficacia política del cantor de Satanás y de Sansón era enorme, enormísima. Mayor que la de cualquier parlamentario. Y acaso el «Paraiso Perdido» es el mayor y mejor fruto de aquella revolución puritana. Y Milton escribió lo mejor de su obra estando ciego.

Sentiríamos mucho que hubiese algún lector á quien leyendo esto se le ocurriese preguntarse á sí mismo: «A qué partido político pertenecía David Copperfield?», ó acaso Milton. Si nos lo preguntase á nosotros, le diríamos que como Milton y Dickens—ó sea Copperfield—llevaban un mundo dentro, un mundo, un mundo entero—no partido—, un verdadero universo, no cabía ya en ellos un partido. O no cabían ellos en un partido. Porque en un partido sólo cabe un hombre partido; un hombre entero, todo un hombre, nada menos que todo un hombre, rebasa de él, cualquiera que el partido sea. Y con esto cobra mayor eficacia. De toda clase, incluso política.

«¡Bah! Este hombre hace novelas!...»—se dirá el que se preguntaba eso— ¡Pues claro! Este hombre, hombre entero y no partido; este hombre de universo y no de partido, hace novelas, y al hacer novelas hace civilidad. Y hace, por ende, política. Y en cuanto á la eficacia de esta política...

¿Querrán decirnos los gansos del Capitolio lo que es la eficacia? Pero sin meter en ello el argumento del precio de la fanega de trigo. Porque este argumento, que reconcilia todas las anomalías, nos anonada, como le anonadaba á David Copperfield. Y eso que sabemos ya distinguir entre el trigo, la cebada y el centeno.

Miguel de Unamuno